

GENERACIÓN DEL 50 El escritor murió el pasado lunes:

EL CASO LAFOURCADE

JORGE EDWARDS

Dentro de la literatura del Cono Sur de América Latina, Enrique Lafourcade fue un caso no fácil de definir con pocas palabras, y el caso se prolongó hasta llegar a Argentina, la de Bioy, Pepe Bianco y Victoria Ocampo. La razón del fenómeno fue que, como se definió a sí mismo, era un animal literario de gran calado, de pezuelas filudas, de fuerte instinto y olfato, de vientre sólido y huesos resistentes. A veces me digo que tenía cabeza de rumiante, expresión inventada por el brasileño Joaquim Maria Machado de Assis, uno de los pocos clásicos autóctonos de Iberoamérica, y apliqué la expresión a Jorge Luis Borges, y hasta me la apliqué a mí mismo, en un algún instante de memorialismo autobiográfico. A Enrique le gustaba mucho convertirse él mismo en leyenda, y estrujaba sus temas hasta sacarlos convertidos en piltrafas, en desechos, en papeles cansados, en manuscritos encontrados en el fondo de baúles extraviados. Era cerentino sin darse cuenta, balzaciano que al final encontró su Madame Hanska.

El rumiante Enrique Lafourcade rumiaba sus ideas hasta el final, y Borges llevaba las ideas a mí mismo, en una condición de teologías, ramas de la literatura fantástica, herifajas de barrio enterradas en bibliotecas imaginarias. Algún día recibí en un barrio marginal de Buenos Aires la llave de una de esas bibliotecas, y me dijeron que tenía derecho a usarla y a dormir la siesta. Lafourcade, rumiante, escéptico, competitivo, creyó que era un invento mío, y ahora no tengo más remedio que comprobar que se llevó esa no certeza a la tumba. Porque Lafourcade era el

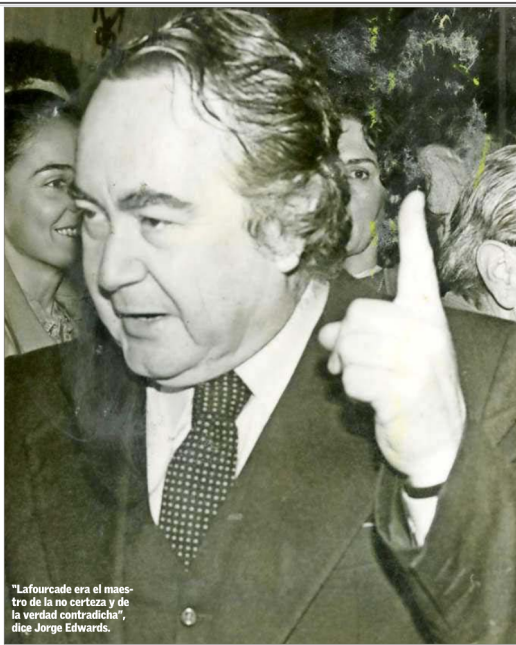
"En homenaje a nuestro difunto colega y amigo voy a releer Palomita Blanca y Pena de Muerte, con sus farras y encontrones horconinos, y calculo que me voy a divertir bastante".

maestro de la no certeza y de la verdad contradictoria. "Nadie es la patria", escribió en un momento en que el país se había llenado de propietarios peligrosos. La risa de Lafourcade, en esa coyuntura, era colonial y chilena, medieval, y de catacumbas. Porque Lafourcade tenía un lado de escritor popular, afónico y de risa hueca. No sé si escribir como escribía le sirvió de mucho y me hago preguntas sobre sus orígenes literarios: André Gide, Paul Valéry, Alain Fournier, y a lo mejor Marcel Proust, y Lucho Oyarzún, que le hacía mucha falta, Albert Camus. Vimos un Calígula interpretado por el chileno, que después se haría argentino, Lautaro Murúa, en el fondo del jardín de Nuñoa de don Tobías Barros Alfonso, el papá del Tobí, actor en ciernes, y de Carmen, decana de actrices.

Paul Valéry, autor de *El cementerio marino*, era uno de los ídolos errantes de los cerros de Valparaíso. Bajamos con Ximena, mi hija, hasta la plaza de Sotelo, era un lugar sacio abandonado, lleno de basura, de perros vagos y de gente que dormía en el suelo. ¿Que habría dicho Lafourcade! Algo no muy di-

go de Oscar Wilde, de Aubrey Beardsley y de muchos otros, escribió que "la bêtise n'est pas mon fort", esto es que la estupidez no era su rasgo más fuerte. Después declaró que los poetas se refugiaban "en las fallas de la administración", y siempre dejaba el sombrero en una perchera de su oficina ministerial para despistar a sus superiores. Era un conferencista habitual y consideraba que cuando era capaz de liar un cigarrillo a media charla, la conferencia ya iba por buen camino...

En mi afrancesamiento, solo comparable al de Enrique Lafourcade, decidí una mañana viajar de Barcelona hasta el pueblo de Sète, la pequeña ciudad provenzal donde se encuentra el cementerio marino cantado por Valéry. Recibíamos los primeros versos a gritos por los senderos de nuestro Parque Forestal, y Lafourcade, un Rabalais a la chilena, se reía de nosotros a carcajadas. La risa lafourcadiana se escuchaba al otro lado de la cordillera, como los brindis de Gargantia. En el cementerio provenzal de Sète, nadie conocía la tumba del creador de *Eupulinos*, pero un señor amable, de aspecto de burgués mediano, me llevó a la tumba y me explicó que nadie la conocía porque pertenecía a la familia de la mujer del poeta. La visita eran palomos y pinarones como decía el poema. Eran enormes tanques de petróleo y grías industriales. El señor pequeño burgués, que parecía arrastrado por un perrito, quiso enseñarme de que los mejores conoedores de Paul Valéry éramos los chilenos errantes de los cerros de Valparaíso. Bajamos con Ximena, mi hija, hasta la plaza de Sotelo, era un lugar sacio abandonado, lleno de basura, de perros vagos y de gente que dormía en el suelo. ¿Que habría dicho Lafourcade! Algo no muy di-



"Lafourcade era el maestro de la no certeza y de la verdad contradictoria", dice Jorge Edwards.

rente de lo que dice ahora el señor Le Pen, que podría llegar a ser el escritor más compulsivo de todo el Cono Sur latinoamericano. Un poco al noreste de Sète quedaban los territorios de los cítaros, que habían levantado ciudades y catedrales de ladrillo rojo. Enrique, que conocedor y gustador de herifajas medievales, se habría divertido, y no es imposible que hubiéramos partido en busca de una auténtica *houllabaise*, que es una sopa de pescado de fondo de red, que lleva tropezos de pan frito y una mayonesa roja, picante, que los del lugar llaman "rouille", palabra alusiva a metales emmohecidos y carcomidos desde adentro. Lafourcade sabía menos de lo que pretendía saber el Conde de Lafourchette, pero sabía inventar con talento lo que no sabía.

En homenaje a nuestro difunto

colega y amigo voy a releer *Palomita Blanca* y *Pena de Muerte*, con sus farras y encontrones horconinos, y calculo que me voy a divertir bastante.

Lafourcade vislumbró el fenómeno de posguerra de los jóvenes coléricos ingleses, los "angry young men" y montó el tinglado de la "generación del cincuenta" con ayuda de su amigo de la escuela de Leyes de Pío Nono, Jorge Iván Hubner. Son personajes que no sabemos si existen, pero que cuando en cuando resucitan. Alimentar generaciones de fantasmas y animales literarios no es tan inútil como podría parecer a primera vista. Recuerdo ahora a Stella Díaz Varín y a Fernando Undurraga, conocido como Cata Undurraga, vociferando e insultándose como carretoneros, durante la polémica del cincuenta en el Salón de

Honor de la llamada Casa de Bello. La "generación del cincuenta" emprendió el vuelo, entre cantos y alaridos y la Cata siguió escribiendo su interminable *Moisés*, obra monumental que tenía tanta existencia como los poemas del poeta Molina. La *houllabaise* marselesina no apareció por ningún lado y la inexistencia de obras como las del poeta Molina y las de la Cata Undurraga es más necesaria de lo que se podría pensar en tiempos de fantasmas innecesarios y de animales literarios vivos y vividos, como cantaba uno de los poetas por quien jurábamos en los senderos de nuestro Parque Forestal de entonces, mientras los hermanos Huimeres aplaudían y se sacaban los chambergos grises y algún personaje del Proust de Sodoma y Gomorra camaba por el sendero del fondo.

PÁGINA ABIERTA

por Camilo Marks

LA DECADENCIA DEL IMPERIO AMERICANO

A. M. Homes (1961) ha sido tan efusivamente celebrada por la crítica y aplaudida de modo tan exagerado por sus propios colegas, que cuesta ahorrarse un nivel de serenidad cada nuevo libro suyo. Aparte de encontrarse méritos literarios sublimes, por regla general se la califica de transgresora, sediciosa, rupturista, en fin, lo más rebelde que se ha visto en las letras norteamericanas. Y la verdad es que Homes no tiene nada de ello. Puede ser cierto que sus obras dejan al desnudo determinados aspectos desagradables de la cultura de su país, aunque la prosista pone el acento en formas de vida vacías e irrelevantes. El espectro humano que Homes diseña, mediante un estilo seco y expresivo, por lo que media alta o alta de su patria, vale decir, personas que nunca han tenido problemas económicos y que poseen de los bienes que para la mayoría de la gente son escasos. Estos rasgos se hallan presentes en los seis títulos de Homes ya traducidos al español y sobre todo en *Días temibles*, su último ejemplar. En verdad nada hay de reprochable en los temas y el escenario que cada escritor elige y así como no podríamos esperar de Jane Austen o Henry James ficciones sobre el movimiento obrero, tampoco tendríamos que esperar a Homes que publicara novelas acerca del terrorismo islámico.

Sin embargo, en *Días temibles*, colección de doce relatos, hay algunos denominados comunes que, por decirlo con todas las letras, son irritantes. Prácticamente todos los personajes que aparecen en la novela, por los ejercicios diarios para mantenerse atléticos, por ese culto al físico que es una evidente expresión de paranoia. Casi sin excepción, todos son vegetarianos, veganos, animalistas y tienden a caer en la bulimia, la anorexia y otras aficciones, porque tragan comida macrobiótica o mastican una lechuga al día. Y hay aun más: cada uno suele hacerse muchísimas operaciones de cirugía plástica, reducciones abdominales, instalaciones de bótox, alteraciones corporales y toda clase de intervenciones que supuestamente mejoran su apariencia. Esta suerte de paroxismo para verse bien, llega a niveles inconcebibles: en el relato "Hola a todos", un marido abandona a su esposa debido a que no le gusta cómo quedaron sus senos tras los costosos implantes que le hicieron, sin perjuicio de que fue él quien los dejó. El maquillaje, los cosméticos, las cremas y el resto de la industria estética ocupa un lugar central en *Días temibles*.

Otro dilema serio de este volumen reside en que casi todos los episodios que contiene están compuestos íntegramente por diálogos y esto vale tanto para los argumentos de extensión breve — "Todo gentil menos por la lluvia", "Sé mía" —, como para aquellos que pertenecen más bien al género de la novela corta — "Días de ira", "Punto Omega" —. Al leerlos, da la impresión de que uno asistiera a una pieza de teatro, con la diferencia de que en estas hay indicaciones en torno al porte de los

actores, a los muebles, a las voces y a muchos otros factores. En cambio, *Días temibles* está conformado por tres novelas breves intermitentes en las que llega un punto en el que no sabemos quién está hablando, por más que volvamos páginas atrás.

Dicho lo anterior, pueden destacarse algunas críticas interesantes. "Días de ira" transcurre durante un congreso sobre el genocidio en el que participan una famosa narradora y un corresponsal de guerra. Cada integrante lleva un documento en el que plantea sus posiciones acerca del conflicto en Siria, las masacres en Sudán, las limpiezas étnicas en la ex Yugoslavia u otras manifestaciones de violaciones a los derechos humanos. Solo una invitada se refiere al Holocausto judío. No obstante, el énfasis está centrado en la relación entre Eric y Rakel, en los asuntos domésticos que les atañen o en la cháchara inútil por la que poco importa el horror del mundo actual. "Mostrara nacional de pájaros" es la historia más extensa de esta compilación y está redactada enteramente en base a correos electrónicos u otras expresiones virtuales en las que toman parte dos seres anónimos: una coleccionista de cacañatas, cotarras, loros u otros especímenes voladores, quien reside en un lujosísimo departamento de Nueva York, y un soldado que detalla desmembramientos,

estallidos de bombas, carnicerías surtidas, de manera que el intercambio adquiere indicios de intercambio repetitivo; ella está únicamente preocupada por el bienestar de sus aves y él se limita a contar experiencias horribles y a escapar de la muerte. Así, en vez de componer una narración que podría ser terrible, Homes parece más interesada en una suerte de divertimento con ribetes surrealistas.

Desde luego, Homes es imaginativa y tenemos un par de aventuras bien logradas. "Un premio para cada jugador" describe la odisea de una familia de cuatro miembros mientras hacen las compras en un supermercado. Luego de varios hurtos y trampas en compañía de su señora e hijos, Tom, el jefe del hogar, se ve súbitamente convertido en candidato a la Presidencia de Estados Unidos. "Punto Omega", por su parte, expone las vicisitudes de un grupo donde nadie sabe de dónde proviene, si bien a la postre todos resultan chinos. En esta oportunidad, Homes recurre al realismo mágico, lo cual, aun cuando no sea convincente, constituye un incidente refrescante.

En síntesis, *Días temibles* refleja la decadencia del imperio americano, por más que la visión sea fragmentada y bastante discutible.

Comente en: blogs.elmercurio.com/cultura

por Francisco Véjar

LA POESÍA COMO RESISTENCIA

La poesía vuelve siempre a sus raíces, como un acto de resistencia ante la muerte. Tal como lo afirmara el filósofo francés Gilles Deleuze, y tantos otros, el poema puede ser festivo, campuscular, urbano, confesional, religioso, celebratorio o sencillamente lírico. En el caso de Victoria Ramírez Mansilla (Santiago, 1991), con *Magnolios*, su primer libro de poemas, logra pasearse libremente por distintas tendencias poéticas y géneros, explorando las siguientes constantes: lo filial, la maternidad, el tiempo y cierta parte del paisaje del sur de Chile, como telón de fondo. Para ser más exacto, la autora se sitúa en la localidad de Hueyusca, un sector cerca de Purranque, en Osorno, Región de Los Lagos. Su narración hecha poesía parte con "Mudanzas", donde escribe: "el primer día de mudanzas/ los cerros bajaron a los techos/ la gente tenía la ropa ahumada/ ningún sonido amargo/ el silencio de los cerros". Los versos citados dibujan parte de su poética, no exenta de cicatrices y estrellas. Por ejemplo, en "Clavos", anota: "veo a mi madre martillar con amargura/ un clavo hundido en la madera/ su frente arrugada por el sol (...) Tú eres el clavo oxidado/ y por dentro estás apenas/ colgando en el texto que lleva por título 'Rito'. Allí evoca, y dice: "la cocina tiene algo de lengua de serpiente/ muudez en el aceite sobre el fuego/ su boca se batió de maderitas y especias que caen". Como vemos, Victoria prescinde de toda puntuación, sin embargo, cada verso está en su perfecto orden y "gotea bien", como solía decir el cineasta chileno Raúl Ruiz, cuando le gustaba un poema. Se hace evidente, además, el equilibrio entre ritmo y sentido, indispensable en todo poema o poeta que se precie como tal.

Y para situar al lector con respecto a Victoria Ramírez, anotamos a continuación algunos de sus datos biográficos. De profesión, periodista. Y en lo que respecta a lo literario, en el año 2015 coprodujo un cortometraje alusivo a la performance "Todos los ríos dan a la mar", de la artista visual y poeta Cecilia Vicuña, y en 2016 obtuvo el Premio Roberto Bolaño de Poesía. Un año después, se le otorgó el Premio Municipal Juegos Literarios Gabriela Mistral. *Magnolios* viene a ser una especie de espejo cóncavo que refleja parte de la biografía íntima y viciencial de su propia familia, donde la memoria ocupa un papel preponderante. En una entrevista concedida a Cristián Leal, Victoria dice acertadamente con respecto a la génesis de este libro: "Al no usar signos de puntuación, tuve que tener especial atención con el ritmo y para eso la lectura en voz alta es clave. Me interesaba que fuera un relato fragmentario, que diera luces, que sugiriera, que fuera un hablante reflexivo. En el estilo, me interesó un enardecimiento del lenguaje, pero al mismo tiempo, mantenerse la naturalidad y fluidez".

Y logró su objetivo, es decir, que su ópera prima fuera muda y palpable, como una fruta redonda. Dejemos entonces a los lectores esta aproximación a su temprana y promisoriosa poesía.



MAGNOLIOS
Victoria Ramírez
Mansilla
Ediciones Oveerl,
Santiago, 2019,
49 páginas.
POESÍA

Con su primer libro de poemas, la autora logra pasearse por distintas tendencias poéticas y géneros.

Comente en: blogs.elmercurio.com/cultura